Núm. 6.



EL CONDE DE BENAVENTE.



ROMANCE HISTÓRICO

en el que se refiere uno de los hechos mas notables de este ilustre personaje.

INTRODUCCION.

Pueblo valiente de España,
de otros muchos el modelo
en lealtad é hidalguía;
hoy con inspirado plectro,
de tus antiguos señores
quiero referirte un hecho
que retrata la nobleza
de aquellos bravos guerreros
que al herirles en su honra
se consideraban muertos.

***

En el patio de un castillo
de la ciudad de Toledo,
agrupados se veian
á los criados y deudos
del Conde de Benavente,
que del castillo es el dueño;
el cual con voz muy entera,
así les iba diciendo:
«Ha llegado á esta ciudad
«y á mi casa vendrá luego
«el gran Duque de Borbon,
«mas recibirle no quiero;
«que aunque ha lidiado en Pavía
«con valor y con denuedo,
«gozó en ver á su señor
«deshonrado y prisionero.
«Y en mi casa no ha de entrar,
«quien no ostente sobre el pecho
«de lealtad y de honor
«el esclarecido sello.
«Ciérrense todas las puertas,
«cerrad los postigos presto,
«y que nadie entre ni salga
«sin un mi mandato espreso.
Así hablaba á los criados
con voz parecida al trueno
el Conde de Benavente
que es hidalgo y caballero.
En la calle y á caballo,
su discurso estaba oyendo
el gran Duque de Borbon
á quien devora el despecho.
Airado mira á los suyos
con faz torva y con mal ceño,
y en su rostro ellos conocen
que está de coraje ciego.
¡A palacio!—dice el Duque.—
¡A palacio!—repitieron
los hidalgos,—y le siguen
con las espuelas hiriendo
á sus fogosos corceles,
que al sentir el duro hierro,
raudos salen al galope
por las calles de Toledo.

. . . .

. . . .

En un salon del Alcázar,
cuyas paredes cubriendo
se ostentan diseminados

ricos tapices flamencos,
al lado de un gran sillon
forrado de terciopelo,
acaricia de un mastin
el ancho y carnoso cuello
el emperador Don Cárlos
que es arrogante y apuesto,
jóven aun, y valiente
lo es tanto como el primero:
viste una trusa de raso
á la usanza de los tiempos,
y el collar del gran Toison
lleva pendiente del cuello.
Sobre sus hombros llevaba
de costoso terciopelo
con motas de plata y oro,
rico tabardo tudesco,
un virrete de belludo
con blanco airon, que sujeto
por un joyel de turquesas
y de otras piedras de precio
deja ver por ambos lados
bien atusado el cabello
y cortado cual lo usaba
la nobleza del imperio.
Son su barba y su bigote
rubios tambien cual su pelo,
y las cejas tambien rubias
cubren dos ojos de fuego.
Su nariz es aguileña;
en la frente, su talento
se retrata, demostrando
que nunca tembló su acero.
Hablando estaba Don Cárlos
al Condestable del reino,
y sin duda le contaba
los disturbios pasajeros
que en España han ocurrido
por de fuera y por de dentro,
ó quizás de la Alemaña
á quien agita Lutero,
cuando oyó de los caballos
las pisadas aunque lejos,
pero muy pronto les vió
aproximarse corriendo.
No pasaron dos minutos
cuando ya el rumor oyeron
de pisadas en la escala
que conduce al aposento
donde está el Emperador
su impaciencia conteniendo
por saber si ocurre algo
en que peligre su reino.
Aquel que lidió en Pavía
con valor y con denuedo,
el que vendió á su señor
el rey Francisco primero,
el que ha venido á la España
y á la ciudad de Toledo
para recibir honores
que deben quemar su pecho
si aún en él circula sangre
de noble y de caballero,
pues basánse en la deshonra
de su Rey y de su reino,
á la presencia de Cárlos
con mal fingido respeto
llega, y se descubre altivo
y cuenta con ronco acento
aquello que á Benavente
él y los suyos oyeron
cuando mandaba cerrar
los postigos á sus deudos;
y con rabia contenida,
y en torpes iras ardiendo,
así le dice al gran rey
con ademan altanero.
«Llamad al de Benavente,
«llamadle, señor, muy presto,
«y obligadle á que me dé
«satisfaccion por completo.
El emperador entonces,
llamó á un hidalgo del reino
y mandó que á su presencia
trajeran al Conde luego.
En seguida el de Borbon,
no del todo satisfecho,
obedeciendo á Don Cárlos,
retiróse á otro aposento.

. . . .

. . . .

En la escalera se escucha
un ruido sordo y seco,
que producen varias lanzas
al dar un golpe en el suelo.
Con paso tardo aunque firme,
con noble y tranquilo aspecto,
en la cámara del rey

entra con el mensagero
el Conde de Benavente,
que como es grande del reino,
no se quita su birrete
que es de oscuro terciopelo;
pero su rodilla dobla
en ademan de respeto
ante el rey Don Cárlos quinto
que de España es el primero.
El rey le manda que alce,
demostrando así su afecto
á aquel anciano, que ya,
como el árbol muy añejo,
inclina su noble frente
hasta tocar con el suelo;
que el Conde de Benavente
es hombre bastante viejo.
Pero en su rostro surcado
por las arrugas del tiempo,
se nota que la nobleza
vá envuelta con el denuedo,
que aunque los años le abruman
arde el valor en su pecho.
Largas y pobladas cejas
cubren casi por completo
la chispeante mirada
de sus grandes ojos negros.
Encorbado andaba el conde
de los años bajo el peso;
pero su paso era firme,
firme aun, aunque era lento.
El emperador magnánimo
le invita á tomar asiento,
lo que el Conde reusaba
por no faltar al respeto.
«Es preciso, Conde,—dijo
«el rey Don Cárlos primero—
«que al gran Duque de Borbon
«des en tu casa aposento.
«Señor,—contestóle el Conde,—
«contrariaros no quiero,
«y á mi casa irá el Borbon,
«mas de ella salirme debo.
«Tengo amigos y vasallos,
«y muchos parientes tengo,
«con los que pueda vivir
«hasta hacer castillo nuevo.
«Permitidme, pues, señor,
«que mande á mi casa presto
«para que saquen mis armas
«mis vestidos y mi lecho.
Así habló el de Benavente:
levantóse de su asiento
y saludando á Don Cárlos
con la rodilla en el suelo
salió de la régia estancia
y del alcázar muy luego,
haciéndose conducir
á la casa de un su deudo.

—

En una noche serena
del helado mes de Enero,
veíanse por un camino
que conducia á Toledo,
correr á muchos ginetes
llevando camimo opuesto,
aguijando los caballos
para que fuesen lijeros,
en tanto que se veia
en la ciudad de Toledo,
un rogizo resplandor,
y columnas de humo denso.
El cielo que antes estaba
sin una mancha, ora un velo
cual un pardo nubarron,
vá las estrellas cubriendo.
A poco se ven las llamas,
escúchase un sordo estrépito,
y el humo crece y mas crece,
y cada vez es mas negro.
De entre las llamas y el humo
salia una voz de trueno,
que de aqueste modo hablaba
á los nobles y plebeyos.
«Escuchadme toledanos,
«oid vosotros mis deudos,
«y que mis palabras lleguen
«á los reyes y á los pueblos.
«Hanme obligado á que diera
«en mi castillo aposento
«á un traidor, á un desleal,
«que ha deshonrado á su reino:
«á uno que vendió á su rey,
«y gozozo y satisfecho
«vino á recibir honores
«como de la venta en premio.
«Es el Duque de Borbon
«ese mal sin altanero,

«que obligó al emperador
«á cobijarle en mi techo.
«Estas llamas purifiquen
«la casa de un caballero
«que se precia de español
«y de hidalgo que es lo mesmo.»
Era el noble Benavente,
que su promesa cumpliendo
prendió fuego á su palacio
por ver su honor satisfecho.
Aun hoy quedan unos muros
ya denegridos y viejos
del incendiado castillo
del Conde, que parà ejemplo
de lealtad y nobleza
allí los conserva el tiempo,
siendo de los Benaventes
el mas sagrado recuerdo.
Y la trompa de la fama
que vá naciones corriendo,
canta del de Benavente
este tan heróico hecho.

FAUSTO.



Valencia: Imp. de J. M. Ayoldi.